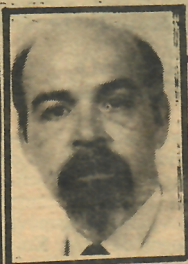


A Federico, el amigo, siempre presente entre los naranjos y la hierbabuena.



Ricardo Torrealba GRAN ESCENARIO

Cuerpo presente entre los naranjos y la hierbabuena. Debo confesarlo: si algún poeta contemporáneo llega a tocar mis fibras más sensibles, ese es Federico García Lorca. Por esa razón, cada vez que lo releo o que tengo oportunidad de ver alguna de sus obras en escena, siempre guardo la oculta ilusión de revivir aquellas viejas emociones que me producía su lectura en mis primeros años de estudiante de teatro.

Gracias al GA 80 y al Corso Teatro tenemos de nuevo entre nosotros a Federico, ese querido, inolvidable amigo, siempre presente entre los naranjos y la hierbabuena. La sonoridad poética, la ancestral picardía hispánica, el honor mediterráneo, la navaja y el puñal que presagian incesantemente la tragedia, los elementos tan caros al mundo lorquiano, estallan a cada momento, en cada frase, en cada gesto, como para recordarnos la sangre española que corre en las venas de nuestra mesticidad y conmovernos con esa presencia invisible, pero real, del poeta muerto en Granada por obra del absurdo.

Con Lorca siempre ocurrirá lo mismo. Uno podrá preguntarse, ¿por qué *Perlimplín* y no *Doña Rosita*?, ¿por qué *El maleficio* y no *Poeta en Nueva York*?, ¿por qué este fragmento y no aquel otro? Es que la obra del poeta es tan densa y sugerente que siempre habrán discrepancias en torno a los textos elegidos; en todo caso, al final siempre se termina creador es otra. Y es esa óptica y los resultados de la misma sobre el escenario (y sobre el alma) lo que se reconoce, se aprecia... y se agradece.

No se espere tampoco el personaje convencional, es decir, delineado, finamente construido de principio a fin. No, se trata de escenas breves, con cambios muy rápidos que exigen un cierto decir, una cierta forma de construcción más cercana al "mostrar" que al "actuar". Lo que importa es el texto, la intención, el empeño de recordar al amigo, siempre presente entre los naranjos y la hierbabuena y eso también está en el espectáculo, junto al dolor de la muerte absurda.

Ahora, escribo estas notas y oigo a Serrat (otro poeta, otro hispano) y me recreo en el recuerdo de lo visto al tiempo que pienso en el aplauso del público. Sí, nos emocionó, cada uno a su manera, pero emoción al fin (¿qué más pedir?). Es la magia del teatro y la palabra del poeta, siempre añorado pero siempre presente... entre los naranjos y la hierbabuena.